

del ejército contrario. Efectuase este movimiento, que se hizo desfilando por hileras por la izquierda: á cierta distancia del enemigo, y cuando ya se habia introducido alguna confusion por lo largo del espacio que se habia tenido que atravesar, una voz detuvo la carga, diciendo que las tropas que estaban al frente se nos iban á pasar. Todos los cuerpos se pararon: en aquel instante, las dos piezas que tenian situadas en aquella parte los americanos, hicieron fuego, causando algunos destrozos: el desórden se aumentó; y en vez de darse la carga cejó nuestra caballería. . . . No hubo en realidad obstáculo en su tránsito, pues una ciénega que era necesario atravesar, no obstruia verdaderamente el camino.

El enemigo que se ha visto amenazado por esta fuerza, destaca para contenerla un batallon y dos piezas de artillería, que hacen considerables estragos. El general Torrejon tiene que retirarse, dando lugar con su conducta á que se hiciera por primera vez á la caballería un cargo que se ha repetido luego otras varias.

Tambien habia hecho avanzar Taylor parte de su caballería sobre nuestra derecha. Recibida por dos piezas ligeras, se vió obligada á retroceder, y los fuegos se suspendieron por ambas partes, durante mas de un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo se renovó el cañoneo con mas actividad y continuacion que antes.

Favorecidos los norte-americanos por el humo del incendio, que era ya entonces espesísimo, se preparan á pasar por nuestra izquierda que quedaba flanqueada con este movimiento: el general en gefe que lo nota lo evita diestramente mandando un cambio de frente á vanguardia sobre nuestra ala izquierda. El ejército practica esta operacion con un órden y disciplina admirables, sin que el horroroso fuego que se le hace desordene un solo momento á aquellos intrépidos soldados, siendo muy de notarse la serenidad y bizarría con que marcaron la nueva direccion los guías, las banderas y los ayudantes. A consecuencia del cambio, nuestra ala derecha quedó á poco menos de tiro de fusil de los enemigos.

La artillería de los norte-americanos, muy superior en número á la nuestra, hace estragos horribles en las filas del ejército mexicano. Los soldados sucumben, no envueltos en un combate en que pueden devolver la muerte que reciben, no en medio del aturdimiento y arrojamiento que produce el ardor de la refriega, sino en una situacion fatal en que mueren impunemente, y diezmados á sangre fría. Horas enteras

se prolonga la batalla bajo tan funestos auspicios: las bajas se aumentan por momentos: las tropas, cansadas por fin de morir tan inútilmente, piden á gritos que se les conduzca sobre el enemigo á la bayoneta, porque lo que quieren es batirse de cerca, y sacrificarse como deben hacerlo los valientes. El general en gefe no se decide de pronto á complacerlas: entonces se introduce algun desórden en los cuerpos de la derecha, que tratan de retroceder: allí acude veloz el general Arista: restablece la disciplina: ordena por fin que se dé la carga tan apetecida. Empezaba ya en aquellos momentos á oscurecer.

Para ejecutar esta maniobra, el ejército se apoyaba por su izquierda en la caballería de Torrejon, y por su derecha en el Escuadron Ligero de México y en el regimiento número 7 que se acababa de colocar allí. Esta fuerza, al moverse, se echa sobre nuestra infantería, en la que introduce el desórden: desconcertadas nuestras tropas se atropellan unas á otras y no pueden ya llegar hasta los enemigos, pasando solamente á tiro de pistola de sus baterías, que las desorganizan, las destrozán y las obligan á retirarse por la izquierda de nuestra batalla. Contribuyó tambien muy eficazmente á producir este mal resultado, el que en vez de formar al ejército en columnas para acercarse al enemigo, se le hizo avanzar en batalla.

Afortunadamente los americanos no supieron aprovecharse, ni aun acaso notaron el desórden de nuestras fuerzas porque ya la noche habia cerrado completamente; así es que creyendo el ataque mas serio y peligroso, se retiraron al abrigo de sus carros. El ejército mexicano lo verificó igualmente sobre la colina en que se apoyó en su primera posicion.

El incendio continuaba propagándose: su resplandor siniestro alumbraba el campo, en que poco antes resonaba el estallido del cañon, y en que ahora solo se oían las sentidas quejas de nuestros heridos. Como la mayor parte de estos lo eran de bala de cañon, estaban horriblemente mutilados: su vista entristecia profundamente, y su desgracia llegaba al extremo de que no podia hacerseles ni la primera curacion, porque el médico que llevaba los botiquines, habia desaparecido desde los primeros tiros, sin que se supiera dónde lo habia dejado. No hubo, pues, mas arbitrio que mandar á algunos de aquellos á Matamoros, en unas carretas que habian conducido víveres: los demas quedaron abandonados el dia 9 en el campo.

Los enemigos estuvieron tan lejos de creer que habian alcanza-

do un triunfo, que en la noche del 8 tuvieron una junta de guerra, en la que la mayor parte de los gefes opinó por la retirada al Fronton: Taylor insistió en seguir adelante; y á su decision tenaz se debió que no se efectuara aquella; pero este hecho es la prueba mas clara que pudiera darse de que en la batalla de Palo-Alto quedó bien puesto el honor de nuestras armas.

El ejército mexicano pasó la noche triste y abatido: aunque el combate habia quedado indeciso, reinaba ya un funesto presentimiento de derrota: comenzaba á darse crédito á las voces de traicion que circulaban desde antes: se temia de antemano la batalla del siguiente dia, por que dominaba la persuasion de que no se iba á luchar para que la victoria se decidiera por el mas diestro y el mas valiente, sino que la perfidia y la ambicion intentaban sacrificar á la república á sus torpes miras, derramando la sangre mexicana.

Lejos de nosotros dar fe á la inculpacion de traidor que se ha hecho al general Arista, á quien tal vez podrá acusarse de otras faltas, pero de ninguna manera de ésta, ni tampoco de cobardía, pues es notorio que durante toda la batalla, desafió el peligro con un valor que ha merecido recomendacion y elogio.

Amaneció el 9 sin que el enemigo hubiera variado de posicion. El general en gefe determinó entonces retirarse: dió orden de que así se hiciera, y encargó al general Ampudia que con una seccion mista sostuviera este movimiento. Las tropas tomaron á las seis de la mañana el camino para Matamoros, á la vista del enemigo, que no emprendió detenerlo: á las diez llegaron al punto conocido con el nombre de la Resaca de Guerrero (*), donde el general en gefe determinó esperar al general Taylor, para presentarle de nuevo batalla. En la eleccion del lugar influyó no poco el capitán Berlandier, que lo señaló á Arista como el mas á propósito de cuantos habia en el tránsito hasta Matamoros, para pelear con ventaja y probabilidades de triunfo.

La Resaca corta completamente el camino, en una direccion algo oblícua, formando una barranca muy poco profunda, á cuyos extremos por derecha é izquierda habia dos charcos de agua estancada. El terreno en que se halla situada, lo cubre completamente un espeso bosque, cuyos árboles y malezas embarazan el paso. Los batallo-

[*] Como generalmente se cree que la Resaca de Guerrero y la de la Palma son una misma posicion, conviene decir, por aclaracion, que la primera es el lugar en que acamparon nuestras tropas y donde se dió la batalla; y la segunda, el sitio en que antes de batirse se detuvieron los norte-americanos.

nes de Zapadores, el 6.º de línea, el 2.º ligero, el 10.º y el 1.º de infantería fueron colocados luego que llegaron á la derecha del camino, quedando los soldados cubiertos hasta el pecho con el borde anterior ó delantero de la barranca: á la izquierda se situaron el batallon y compañía Guarda-Costa de Tampico, sobre el borde posterior de la misma: en el bosque, á retaguardia de las tropas de la derecha y como en 2.ª línea, el 4.º batallon: el flanco izquierdo se cubrió con el regimiento de Canales, compuesto de los auxiliares de las villas, y ademas con dos piezas de artillería. Colocáronse las restantes en dos baterías, situadas, una á la entrada del camino en la Resaca, y la otra en el borde posterior de la derecha de la barranca. Por último, la caballería quedó como á 300 varas á retaguardia sobre el camino: el parque general y los trenes á la izquierda del mismo, en una plazuela que habia en medio del bosque. Las compañías de cazadores de los cuerpos desplegaron en tiradores al frente de la línea, cubriendo la parte de la izquierda las del 4.º y 6.º

El enemigo, aunque de lejos, habia seguido nuestra marcha, de lo cual tenia noticia cierta el general en gefe por los avisos de Ampudia que se habia ido replegando y que no tardó en incorporarse á las demas fuerzas; pero esto no impidió que mandara descargar el parque, desenganchar las mulas de las piezas, desaparecer las de carga y quitar bridas. Provenian estas disposiciones, de la firme creencia en que estaba de que el general Taylor no se atreveria á atacarlo aquel mismo dia en la posicion que guardaba, y no lo hizo variar de parecer, el observar que como á las dos y media de la tarde, una partida de americanos se acercó á reconocer el campo. Fué recibida á cañonazos, y tuvo que retirarse inmediatamente despues de sufrir alguna pérdida.

El enemigo avanzó sobre nuestras tropas á las cuatro y media. El general en gefe, advertido de lo que pasaba, insiste aún en su error, calificando aquel ataque en forma de simple escaramuza, por cuya razon se retira confiadamente á su tienda despues de hablar con el general Diaz de la Vega, á quien dijo que le reservaba el honor de mandar la accion aquel dia. Entonces pasó á la izquierda parte del 4.º de línea á las órdenes del teniente coronel Calatayud. El enemigo entre tanto ataca al 2.º ligero que acababa de ocupar la vanguardia, en el que halla una resistencia esforzada, lo mismo que en las compañías de cazadores del 4.º y del 6.º mandadas por los va-

lientes capitanes D. José Barragan y D. José María Moreno. El 2.º ligero pelea con decidido arrojo: las dos heroicas compañías se baten con una gran parte del ejército norte-americano: sus esfuerzos extraordinarios de valor se estrellan contra la inmensa superioridad del número de sus adversarios: Barragan cae herido mortalmente: Moreno es hecho prisionero: sus soldados, reducidos á unos cuantos, sin gefes, sin esperanza, sostienen aún por algunos momentos tan desigual lucha, y tienen por fin que cejar. A su vez el 2.º ligero se halla obligado á retirarse despues de ver caer muertos ó heridos á la mayor parte de sus gefes, debiéndose hacer mencion entre los segundos, del denodado teniente coronel D. Mariano Fernandez. La retirada en desorden del 2.º introduce el desconcierto en los cuerpos de la derecha.

El general Taylor continúa su ataque principal sobre nuestro flanco izquierdo, que era la parte mas débil de la línea, mandando tambien por el camino recto un trozo de caballería sobre las baterías que allí estaban situadas. Poco tardó en generalizarse el combate: la artillería enemiga diezma nuestras filas: sus dragones avanzan hasta nuestras piezas que caen en su poder. El malogrado capitán D. Dolores Ramirez, que mandaba una de las baterías se resiste á rendirse: con entusiasmo heroico rehusa la vida que le ofrecen los americanos, y muere valientemente al pié de sus cañones, entre los que fué hecho prisionero el general Diaz de la Vega.

En nuestra izquierda continúa la batalla: nuestras fuerzas, reducidas allí al batallón y compañía Guarda-Costa de Tampico, resisten el ataque: el comandante del primero, D. Juan Mateos es herido: el capitán Arana muere como un valiente: el enemigo cerca por todas partes á nuestros soldados cortándoles la retirada. Entónces se ponen á su cabeza el primer ayudante D. Ramon Tabera y el capitán D. José Barreiro, y procuran abrirse paso intrépidamente: al ejecutarlo recibe el segundo tres heridas que lo ponen fuera de combate. Estas fuerzas se reunen con las compañías presidiales, mandadas por el coronel Sabariego, y juntas organizan su retirada, con lo que se logró la salvacion de parte de nuestros soldados.

El general Arista que sabe el triunfo de los americanos, dominado todavia por una ceguedad funesta, no cree que se trata de una batalla en regla; manda para contenerlos los restos del regimiento número 4 á las órdenes del coronel Uruga, y encarga al general Ampudia que vaya con esta fuerza á sostener la batalla. Los nuevos comba-

tientes, á quienes Ampudia da ejemplo de valor, se baten con ardimiento; pero todo es infructuoso: el enemigo continúa avanzando; y la retirada, sin combatir, de los escuadrones de Canales, que como se ha dicho, cubrian nuestro flanco izquierdo, acaba de ceder el triunfo á los contrarios. Todo nuestro material de guerra cae en su poder: el desorden que la derrota ha producido en la izquierda de nuestra línea se comunica instantáneamente á los cuerpos de la derecha, que no se han batido y que se dispersan vergonzosamente, escepto el 1.º de línea, que reunido y con su coronel á la cabeza, se retiró sin quemar un cartucho, pasando el rio por el Longoreño. Los soldados se desbandan, escurriéndose por entre la maleza del bosque: la confusion mas horrosa reina en el campo, y todo anuncia el doloroso desastre de nuestras armas.

El general en gefe que permanecia aún en su tienda escribiendo, se cerciora por fin, ¡demasiado tarde por desgracia! á causa de la violencia de la derrota, de que su conviccion ha sido errónea. Lleno entonces de dolor, ardiendo en cólera, prorumpiendo en quejas contra los cobardes, buscando la muerte ó esperanzado aún en contener al enemigo, se pone á la cabeza de la caballería, que colocada á retaguardia se conservaba intacta: hace el último esfuerzo cargando intrépidamente sobre los vencedores, y penetrando hasta nuestra primera posicion; pero el enemigo, apoderado ya de los bosques laterales del camino, rompe un fuego terrible, fusilando impunemente á nuestros lanceros. No hubo, pues, mas arbitrio que retirarse, como se verificó en el mejor orden posible, sin que los enemigos, aprovechándose de la victoria, siguieran en nuestro alcance.

Así se consumó la derrota de la Resaca, sobre la que es necesario entrar en algunas esplicaciones, sin las que no podria comprenderse lo que la ocasionó. Los lectores habrán ya notado con sorpresa el poco valor que manifestaron los mas de los cuerpos del ejército, llegando al extremo de desbandarse sin combatir. ¿Eran esos soldados los veteranos del norte, avezados al fuego de las batallas, modelos de valor y de disciplina? ¿Eran esos soldados los valientes que el dia anterior, serenos y firmes, se habian dejado despedazar por las baterías enemigas, y que en vez de pensar en diseminarse, solo pedian que se les mandara cargar á la bayoneta? Y si eran los mismos, ¿de qué provenia ese cambio repentino é inesperado? ¿Por qué, faltando á sus deberes, desmienten con su mala conducta la reputacion que han

conquistado á costa de su sangre? Nosotros diremos por qué, hablando con la imparcialidad de historiadores, por mas que nos sea doloroso tocar llagas que quisiéramos ocultar á la vista de los que nos observan.

No negaremos que la mala posicion que se eligió, esperando al enemigo en su terreno boscoso, influyó directamente en la pérdida de la batalla: tampoco nos resistiremos á confesar que los sucesos del dia anterior desalentaban el ánimo de los soldados, ni que el error del general Arista contribuyó no poco en contra nuestra; pero sí insistiremos en que la causa primordial de su caimiento y desconfianza, en que el motivo mas eficaz de sus faltas, fué la voz que la rivalidad y el odio hicieron correr de que el general en jefe era un traidor, de que se iban á repetir las escenas de Guanajuato, de que habia compromiso formal de vender al ejército, entregándolo al furor de los enemigos. Estas hablillas destruian de raiz la moral y la disciplina: muchos soldados rompian sus armas, gritando en su desesperacion que se les traicionaba, y por eso aconteció que se dispersaran cuando mas se necesitaba de su denuedo. De esa suerte, los hombres mas favorecidos, mas condecorados, los hombres que habian hecho su patrimonio de la república, le clavaban los primeros el puñal en el seno, sin pensar que la patria pudiera decir á cada uno de ellos lo que César á Bruto: "¿Tú tambien, hijo mio? . . ."

Una vez consumada la derrota, la dispersion se hizo general. Los soldados se dirigen en todas direcciones al rio, no creyéndose seguros mientras no estuvieran del otro lado. El general en jefe con la caballería lo pasó por la Villa de Ampudia; el general Canales con su regimiento y Tabera con varios dispersos que habia recogido y dos piezas de artillería, un poco mas arriba de este punto; las fuerzas que hostilizaban al fuerte americano, por las Anacuitas, en donde la confusion y el atropellamiento eran extraordinarios. Allí habia ido á dar la mayor parte de los dispersos, quienes se pusieron á disputar la preferencia para atravesar el rio en los dos únicos chalanes con que se contaba. La porfia de cada uno aumentaba la dificultad: los chalanes se detienen mas tiempo del necesario en alejarse de la ribera, porque tarda la gente que los ocupa en desprenderse de los que quieren tomar su lugar. El temor difunde la idea de que el enemigo se acerca en persecucion de los fugitivos: el desconcierto se aumenta: la falta de embarcaciones desespera á los míseros dispersos: por escapar

de un peligro se arrojan en otro, pues huyendo de los americanos, ó buscan un vado que los salve, ó se precipitan al rio vestidos y armados, ahogándose casi todos, y salvándose solo unos pocos á nado.

En tan espantoso desorden merecen honorífica mencion los distinguidos gefes Orihuela y Urriza, que al frente de los batallones de Puebla y Morelia que mandaban, protegieron el paso de los fugitivos, siendo ellos los últimos que lo verificaron, y habiendo estado constantemente dispuestos á resistir al enemigo si se presentaba para hostilizarlos. Tampoco debemos olvidar á los habitantes de las rancherías de las orillas, que prestaron á los soldados buenos y oportunos servicios.

Terrible y funesta fué la impresion que produjo en Matamoros la noticia de la derrota y de la dispersion, llevada por los primeros fugitivos, y confirmada por los que iban llegando sucesivamente. En la noche habia entrado ya un gran número de dispersos, y el general en jefe, que acababa tambien de llegar, dispuso que se acuartelaran.

El dia 10 acabó de reunirse el ejército, disminuido en solo una quinta parte, cosa que verdaderamente asombra, y que se debió seguramente á que casi todos los dispersos tenian que presentarse precisamente en Matamoros; de manera que la pérdida efectiva casi se redujo á los muertos, heridos y prisioneros. La salvacion del ejército consistió en que el general Taylor no supo aprovecharse de su victoria: si persigue á nuestras tropas, si las acosa al atravesar el rio, es indudable que las hubiera destruido completamente y apoderándose en aquellos momentos de Matamoros sin oposicion.

El mismo dia 10 se ocupó el general en jefe en restablecer el orden y la disciplina, en reanimar el valor de los soldados, en fomentar la moral decaida. Reunió una junta de gefes, á los que hizo presente la necesidad que habia de olvidar todo motivo de discordia, concentrando todos los esfuerzos al solo y sagrado objeto de la salvacion de la patria. Encomendóles que inculcasen con ahinco á los soldados estos mismos principios, y adoptasen en sus respectivos cuerpos las medidas mas adecuadas para el restablecimiento de la confianza y de la disciplina. Visitó, por último, los cuarteles y dispuso que se pasasen continuas revistas.

Canjeáronse los prisioneros el 11, y trasladáronse nuestros heridos de la Resaca á los hospitales de Matamoros, con arreglo al convenio que se celebró con el general Taylor. El general en jefe tuvo

noticia ese mismo dia de que al siguiente se preparaban los enemigos á atacar la ciudad, y como no juzgaba aún á sus soldados en estado de combatir en una nueva accion, dispuso abandonar la plaza, y á las doce de la noche dió órden á los cuerpos de que estuviesen listos para marchar.

En efecto, al amanecer del dia 12 salieron varios cuerpos de infantería y toda la caballería, y acamparon en el camino del interior á una legua de distancia, regresando luego á la ciudad en cuanto se supo con toda certeza que el enemigo nada intentaba por entonces.

Pocos dias despues se recibieron noticias seguras de que el general Taylor iba ya verdaderamente á verificar el paso del rio para atacar á Matamoros. Por este motivo reunió el general en gefe una junta de guerra, á la que asistieron los generales Ampudia, Requena, Torrejon, Jáuregui, García y Morlet, y el coronel Uruga, y en ella hizo presente lo que sabia, escitando á cada uno para que con la mayor sinceridad y franqueza espusiese su parecer, que atenderia en lo que mereciera, salvo siempre el derecho que le correspondia, como único responsable, de resolver lo que estimara mas acertado.

Las opiniones en la junta estuvieron conformes en cuanto á que la plaza no era defendible; y solo variaron en que unos querian abandonarla con tiempo, antes de que estuvieran encima los enemigos, y otros pretendian que la retirada se verificara bajo sus fuegos, persuadidos de que así se salvaba el honor de nuestras armas.

Concluida la junta, se mandó al general Requena de comisionado al campo enemigo á solicitar un armisticio, que le fué negado por Taylor. Esta circunstancia acabó de decidir á Arista á dar órden para la definitiva desocupacion y abandono de la ciudad; y en consecuencia, á la una salió la caballería, y á las cinco los cuerpos que formaban la 2.^a brigada de infantería. La tropa hizo alto en el llano de Doña Rita, á orillas de Matamoros.

La salida del parque, los trenes y el material de guerra que nos quedaba, ofrecia las dificultades consiguientes á la escasez de medios de transporte. Despues de mil pasos y tropiezos, se consiguió que el prefecto proporcionara unas cuantas carretas, tiradas por bueyes, en las que se acomodó el parque que se pudo, y que salian de la ciudad inmediatamente que se cargaban.

Al oscurecer comenzó la retirada, que se efectuó en el órden siguiente. Abria la marcha el general en gefe con la 2.^a brigada de

infantería, la artillería y las carretas del parque: seguia la 1.^a brigada de infantería, y la caballería cubria la retaguardia. El general Canales, con la escasa fuerza que le quedaba á consecuencia de la desercion que tuvo, tomó el rumbo de las villas del Norte. A las dos de la mañana llegó el ejército al rancho de la Venada, distante cuatro leguas de Matamoros.

En esta ciudad habian quedado abandonados á la generosidad del enemigo mas de 400 heridos. Entre estos hubo algunos que, al saber la retirada del ejército, salian de los hospitales y seguian á sus cuerpos arrastrándose por el suelo y dejando un rastro de sangre. Aquellos desventurados preferian toda clase de padecimientos al de quedar desamparados en una poblacion en que temian que el vencedor los tratara con crueldad.

Quedaron tambien en la ciudad todos los equipajes de los gefes y oficiales, las mayorías, cajas y depósitos de los cuerpos: cinco piezas de artillería que se dejaron clavadas: la gran parte del parque que no cupo en las carretas se arrojó al rio ó se inutilizó completamente, para evitar que cayese en poder de los americanos, que tomaron posesion de Matamoros el dia 18.

La imparcialidad nos obliga á decir en este lugar, que mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenian que ir cargando los calderos en que habian de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podia servir para su comodidad y recreo!

La division continuó su marcha para el rancho del Medraneño. Desde entonces empezaron los padecimientos sin número de aquella memorable retirada. El general en gefe se habia decidido á seguir el camino que se habia tomado, por ser el que mas directamente conduce á Linares, punto estratégico, en que situadas nuestras tropas, podian amparar á Monterey ó á Victoria, segun la direccion de las fuerzas enemigas. A esta ventaja, no despreciable en verdad, servian de contrapeso inconvenientes muy graves, porque la ruta preferida se aleja de las poblaciones en que habia recursos, para entrar en el desierto. Ademas, el ejército carecia de toda clase de víveres, y en gran parte del camino no se encontraba agua, cuya falta era sobre todo la que mas sufrimientos debia ocasionar á los soldados.

Llegóse el 19 al punto del Ebanito, donde se tuvo noticia de que 300 caballos enemigos habian salido de Matamoros en persecucion de los que se retiraban. El 20 se acampó en la Nutria: el general en gefe tomó las precauciones convenientes para evitar una sorpresa. El 21 se permaneció toda la mañana en el campo en espera de los enemigos, que se supo despues habian contramarchado á Matamoros: á las cuatro se continuó la retirada. Una hora llevarian las tropas de marcha cuando empezó á llover á torrentes; el aguacero duró toda la noche. Los soldados lo consideraron como un beneficio de la Providencia: muertos de sed, sin agua con que mitigarla, la que caia de las nubes vino á proporcionarles un alivio inestimable, que de ninguna otra manera se hubiera logrado; por eso lo recibieron casi con la misma gratitud que manifestó al Dios de los ejércitos su pueblo escogido cuando le envió el maná, tambien en un desierto, para satisfacer el hambre que lo atormentaba.

Pero la desgracia del ejército era tal, que lo mismo que por una parte disminuía sus sufrimientos, los aumentaba por otra. Aquella agua cuya abundancia habia satisfecho su sed, inutilizaba el camino y lo hacia casi intransitable para los soldados, que iban ya rendidos de cansancio, enfermos, macilentos, sin fuerzas y sin valor. Su alimento se reducía á carne de vaca, cocida en los calderos que iban cargando desde Matamoros, y que por escasa no bastaba para saciar su apetito. Desalentados, por fin, hasta el último grado, no habia esfuerzos capaces á decidirlos á que continuasen la marcha: se arrojaban por tierra y quedaban como sepultados en medio del fango!

El 22 se llegó al llano de la Esperanza, donde se hizo alto para que la tropa secase sus vestidos: para que no faltara que comer, se mataron algunos de los bueyes que llevaban las carretas de parque y varias piezas de artillería. El número de estos útiles animales disminuía notablemente: á mas de los que se mataban para alimentar á los soldados, muchos habian muerto de resultas de la tormenta del dia anterior: los que quedaban se hallaban cansados y casi incapaces de seguir sirviendo. Por falta de su auxilio fué necesario ocultar el parque en los bosques, y que los infantes llevaran á mano las piezas. La caballería habia perdido tambien un gran número de caballos, de manera que se veian muchos dragones á pié cargando sus sillas.

En esta disposicion se prosiguió la marcha á las cinco de la tarde: á las dos de la mañana se llegó al campo del Calabozo. La pa-

ciencia y el sufrimiento habian acabado ya, y soldados hubo que se suicidaron en un momento de desesperacion.

Se llegó el 23 á la Gruñidora: el 24 al Aguaje de Todos Santos: el 25 á la hacienda de la Vaquería: allí se encontraron los recursos que eran ya enteramente indispensables despues de tantos dias de miseria y de padecimientos.

Acampó el 26 la caballería en la hacienda de la Trinidad, y la infantería en el rancho de la Pomona. El 27 se encontraron en la hacienda de Guadalupe víveres en abundancia venidos de Linares, adonde se llegó el 28.

En la marcha de ese dia acaeció la sensible muerte del general García, sugeto pundonoroso, honrado y valiente. Su repentino fallecimiento se atribuyó al sentimiento profundo que le causaron las desgracias del ejército y de la patria.

La noticia de nuestros desastres, esparciéndose por toda la república con la rapidez que siempre acompaña á las malas, destruyó la lisonjera esperanza que se habia concebido del triunfo. El gobierno supremo, cuyas disposiciones irreflexivas habian contribuido de un modo eficaz al fatal éxito que se lamentaba, quiso que recayera sobre el general Arista toda la responsabilidad; le quitó el mando del ejército, y sujetó á un juicio su conducta. El 3 de Junio se recibió en Linares la orden de la destitucion, en virtud de la cual se encargó del mando el general D. Francisco Mejía.

De esa suerte terminó lo que podemos llamar la primera parte de la campaña. El ejército, detenido en Linares, esperaba los refuerzos que tanto necesitaba para continuar la guerra y detener los avances del enemigo. Sus esperanzas salieron fallidas: un nuevo escándalo derrocó al gobierno funesto, que dejaba una memoria de ignominia: los refuerzos no llegaron en el número necesario ni con la oportunidad debida; y el ejército, contra cuya conducta empezó desde entonces á clamarse violentamente, continuó desprestigiándose y siendo víctima de una serie de faltas verdaderamente inconcebibles.